

Como
en una
CANCIÓN
de amor

Maudene
go



10:00 p.m.

Lucky es la estrella de K-pop del momento. Con su voz de ángel, su peluca rosada y sus botas plateadas de infarto, acaba de hacer vibrar a todo Hong Kong al final de su exitosa gira por Asia. Y ahora está lista para conquistar el mundo: Estados Unidos la espera.

Pero en este momento... solo desea una cosa: una hamburguesa.



11:00 p.m.

Jack se cuela en un hotel elegante para conseguir una exclusiva para su trabajo secreto como paparazi. Al salir, se cruza con una chica en pijama. Es bonita. Le resulta familiar. Captura su atención. Parece desorientada. Es una chica *desesperada* por una hamburguesa.

00:00 a.m.

Nada volverá a ser lo mismo.



VIVE UN DIVERTIDO ROMANCE DE
PELÍCULA DE LA MANO DE LA AUTORA DE
CREO EN UNA COSA LLAMADA AMOR.

Lucky está en la cima de su carrera, pero ¿es realmente feliz?

La noche de su último show en Asia no puede dormir y, a pesar de haber tomado píldoras para relajarse, decide burlar a sus guardias y escabullirse fuera del hotel en búsqueda del mayor objeto de sus deseos:

Una hamburguesa.

Jack es un paparazi talentoso que trabaja en secreto o su familia lo mataría. No está seguro de qué camino seguir en la vida, pero sí sabe que no quiere ir a la universidad y acabar siendo un banquero aburrido como su padre.

Cuando se cuela en un hotel de lujo tras una exclusiva, no espera encontrarse con una chiquilla en pantuflas que parece ebria y desorientada, y solo clama por una hamburguesa.

La nobleza lo obliga a quedarse con ella y cuidarla hasta que recupere la consciencia. Pero pronto descubre que aquella muchacha es nada menos que Lucky, la famosa estrella del K-pop. Entonces tiene la oportunidad de su vida: si logra pasar todo el día con ella, conseguirá una gran historia y un gran ascenso.
Pero ¿sería capaz de hacer algo así?

Con muchas risas, aventuras y mentiras, Lucky y Jack viven un día romántico de ensueño en Hong Kong, que les hará cuestionárselo todo. Empezando por sí mismos y sus sueños.

ARGENTINA



VREditorasYA



vreditorasya



vreditorasya

MÉXICO



vryamexico



vreditorasya

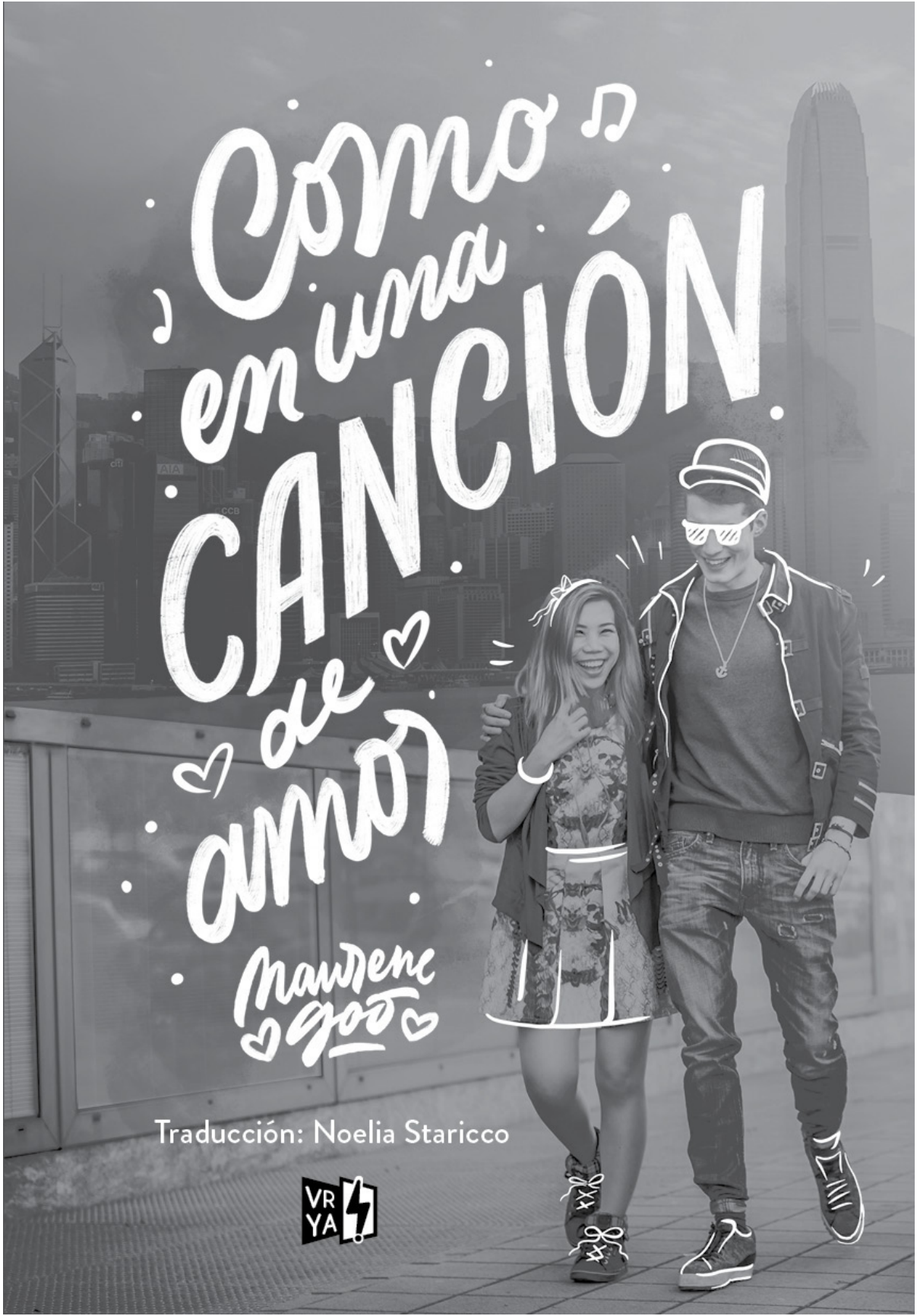


vreditorasya

Como [♪]
en una
CANCIÓN
de [♡]
amor [♡]

Como
en una
CANCIÓN.
de
amor
Maudene
go

Traducción: Noelia Staricco





*En memoria de mi abuela Swan Hee Goo,
quien me mostró por primera vez los
romances en blanco y negro.
Y para Christopher, que me mostró lo
realmente verdadero.*

*She went, ever singing,
In murmurs as soft as sleep;
The Earth seemed to love her,
And Heaven smiled above her,
As she lingered towards
the deep.*

—por ~~JOHN KEATS~~ PERCY BYSSHE SHELLEY,
“*Arethusa*”.



VIERNES





CAPÍTULO UNO

LUCKY

CUANDO TU ROSTRO ES RECONOCIDO EN TODO UN CONTINENTE, NO HAY lugar para errores.

En especial, sobre el escenario.

Miré a los fans, que gritaban sin parar; las luces me enceguecían y el sonido de mi propia voz se perdía en mi auricular. El clamor constante hacía que me resultara imposible oírme a mí misma.

Una vez, durante una presentación, cuando me arrojé de cuerpo entero a los brazos en alto de mi bailarín, el micrófono inalámbrico se enredó en mi cabello, y la voz se me quebró en el momento más dramático de mi hit "Heartbeat".

Fue lo más visto en Asia. Había videos en internet que repetían una y otra y otra vez el incidente. Algunos hasta habían sido intervenidos e incluían conejitos animados y efectos de sonido. Uno de mis favoritos era el que tenía una especie de panel animado de vidrio que se hacía añicos en el momento exacto en que mi voz se quebraba. Estaba tan bien logrado que me reía cada vez que lo veía.

A mi sello discográfico no le pareció nada gracioso, desde ya. Lo vieron como una falla, una imperfección en quien era su estrella perfecta.

Esa falla era justamente en lo que estaba pensando mientras estaba de pie en el escenario en Hong Kong, la última parada en mi gira por Asia.

Había algo en la vibración del aire, en la ola de emoción que llenaba los espacios entre mi lugar en el escenario y mi público. Esa era la razón por la que yo hacía todo esto. Lo que fuera que hubiese sentido días o incluso segundos antes de salir al escenario, como el terror a arruinarlo todo una vez más, desaparecía en el instante en que la energía del público se deslizaba por debajo de mi piel y se me metía a la fuerza en el torrente sanguíneo.

Una adoración feroz por ósmosis.

Mis botas plateadas estaban plantadas firmes sobre el suelo. Las piernas bien separadas. Los pies doloridos, como ya era costumbre. Tenía esta pesadilla recurrente en la que mis botas me perseguían por un estacionamiento en círculos infinitos. Mis representantes habían insistido en que usara las mismas botas cada vez que actuaba. Eran mi sello distintivo. Botas ajustadas por encima de la rodilla.

Yo soy alta. Casi un metro ochenta. Una gigante en Seúl. Pero, para ellos, nunca era “demasiado alta”.

Mientras bailaba de memoria la coreografía de “Heartbeat”, ignoré el dolor que se expandía hacia todo mi cuerpo desde las puntas de los dedos de los pies, pasando por mi pequeño short siempre demasiado ajustado, y hasta los largos mechones de la peluca rosada que se me pegaban a ambos lados del rostro cubierto en sudor.

Podría hacer esta coreografía con los ojos vendados... y con las dos piernas rotas. Había hecho esto cientos de veces. Llegado un punto, mi cuerpo se movía solo, como si estuviera en piloto automático. Tan en piloto automático que, a veces, cuando terminaba de cantar “Heartbeat”, mi cabeza quedaba colgando en un ángulo un poco incómodo (porque así terminaba la coreografía), y entonces parpadeaba unas tres veces y me preguntaba dónde había estado en esos últimos tres minutos y veinticuatro segundos.

Cuando mi cuerpo se apoderaba de mí de esa forma, sabía que había hecho mi trabajo. Mi premio era la precisión absoluta con la que ejecutaba mi presentación.

Y hoy no había sido la excepción. Terminé la canción y miré a mi público. Los gritos de los fans me atravesaban mientras que mi cuerpo volvía a la realidad.

Por fin esta gira había terminado.

Ya en el *backstage*, me rodearon decenas de personas: la maquilladora, la estilista y el jefe de seguridad. Me desplomé en una silla mientras alguien ajustaba mi peluca y alguien más colocaba papeles secantes sobre mi rostro.

–No me quites este brillo en la piel –le pedí a Lonni, mi maquilladora.

Lonni apretó los labios.

–Tienes diecisiete años. No necesitas una piel *más* brillante. Una fuga de aceite no cuenta como “brillo”.

¿Qué podía yo a hacer? Dejé que siguiera secando mi piel grasosa de adolescente.

Los bailarines llegaron también adonde yo estaba. Un grupo de hombres y mujeres en trajes idénticos, negros y sexis. Salté de mi silla (Lonni también dio un salto, pero del susto) y me incliné hacia adelante.

–¡*Sugohaess-eoyo!* –les dije mientras que los saludaba con una reverencia–. *Thank you so much* –siempre me aseguraba de agradecerles en coreano y en inglés, porque los bailarines venían de todas partes del mundo.

Ellos sufrían conmigo cada una de las prácticas y jamás obtenían nada de la gloria que yo recibía. Mi aprecio era genuino, pero también era algo que todos de alguna manera esperaban que demostrara. Las estrellas del K-pop siempre debían ser amables y atentas.

Ellos me devolvieron la reverencia y me agradecieron también, todos cubiertos en sudor y visiblemente agotados.

–Arrasaste allí fuera, Lucky –dijo uno de los bailarines, Jin–. Casi hasta pudiste seguirme el ritmo.

Me sonrojé. Jin era lindo. También estaba algo fuera de mi alcance, como la mayoría de los muchachos en mi vida.

–Algún día caeré con más gracia en ese último paso, lo prometo –dije con una risita nerviosa. Todos se retiraron. Volverían juntos al hotel. Los vi marcharse con un poco de envidia. ¿Se quedarían charlando y pasando el rato en alguna de las habitaciones, comiendo ramen todos juntos?

No importaba. Mis pies iban a deshacerse hasta convertirse en polvo. Volví a echarme sobre la silla.

Una mano me palmeó el hombro.

–Ey, para ti también. *Sugohaess-eo* –era la asistente de mi representante, Ji-Yeon. Ella siempre me decía que había hecho un buen trabajo después de cada show; era una especie de orgullosa aunque austera hermana mayor. Era joven y pequeña, su rostro con mejillas redondas estaba enmarcado con un fleco recto y gafas enormes. Pequeña, sí, pero era una planta eléctrica que siempre hacía que todo funcionara.

Chequeó algo en su teléfono, que siempre llevaba en la misma mano.

–Tendremos un encuentro con los fanáticos de aproximadamente una hora. Asegúrate de tomar agua.

–¿Qué? ¿Un encuentro con los fans? –había dejado de hacer eso hacía unos años. Los encuentros con los fans eran más que nada para las bandas que recién comenzaban. Una vez que alcanzabas un cierto nivel en tu carrera, todo aquello se volvía más difícil de controlar.

–Sí. Es tu último show de la gira, así que pensamos que sería una buena oportunidad para hacer una foto final.

Me pasó una botella de agua.

–¿Estás diciéndome que tendré que quedarme aquí una hora más? –dije, esforzándome por mantener la calma.

–Será rápido. Entrarán y saldrán. ¿No quieres hacerlo? –me preguntó Ji-Yeon por encima de sus gafas.

No seas holgazana, Lucky.

–Lo haré, está perfecto.

–Muy bien. Ahora vamos a sacarte este traje, te daremos algo más cómodo para tu encuentro con los fans –dijo Ji-Yeon con una mueca de nariz, haciendo que sus gafas se movieran para arriba y para abajo sobre su rostro pálido–. Excepto las botas, por supuesto. Deberás tenerlas puestas para la foto.

Por supuesto.

Unos minutos más tarde, estaba sentada detrás de una mesa, firmando álbumes, afiches y lo que fuera que los seguidores hubieran traído consigo. Y, aunque hacía unos minutos había deseado poder estar ya metida en la cama, la emoción de los fans me recargó con una energía que se sentía muy familiar y que extrañaba. La interacción con ellos no había sido mucha en el último tiempo.

–¿Podemos sacarnos una foto? –miré a la muchacha con frenos y el cabello bien corto y estaba a punto de decirle que sí cuando el guardaespaldas a cargo, Ren Chang, se paró frente a mí y negó con la cabeza.

Intenté pedirle perdón a la chica con la mirada antes de que el siguiente fan se acercara con un afiche para que le firmara.

Al comienzo, hubiera deseado darles un abrazo a todos y hablar con todas y cada una de las personas que habían esperado para verme. Pero, con cada segundo que pasaba, los rostros se volvían más y más borrosos a causa de mi cansancio. Batallé contra el instinto de dar respuestas preparadas e inexpresivas.

–Gracias por venir –le dije con una sonrisa al hombre mientras le firmaba su afiche con un marcador.

Él asintió con la cabeza, aunque no hizo contacto visual conmigo. Pero su mano tomó la mía cuando le estaba devolviendo el afiche, y entonces se me acercó. Podía oler lo que había comido; sentí el calor de su cuerpo. Sin perder una milésima de segundo, Ren lo empujó hacia atrás con mano firme. Otra vez, sonreí para disculparme, aunque debo admitir que no me gustó nada. La mayoría de mis fans varones eran adorables pero, algunos de ellos, excesivamente entusiastas, solían acercármese con una intensidad que me asustaba. En esos momentos, aun así debía actuar amable y gentil. Siempre agradecida.

La fila de gente se terminó y yo me puse de pie y saludé con una mano y con varias reverencias a los fans que sollozaban y gritaban mi nombre. Estallaron cuando saludé con el signo de la paz y entonces mi gente me sacó de allí por la puerta de atrás.

Apenas puse un pie en la acera, los fans y los paparazi estaban esperándome. Los flashes de las cámaras, las voces que gritaban mi nombre, un chapuzón de humanidad. Ren y otros guardaespaldas me encerraron en un círculo cual membrana de protección. Cuando la gente los empujaba, la fuerza hacía que el círculo ondulara mientras que avanzábamos por el callejón angosto hasta la camioneta.

–¡Lucky, te amo! –gritó una muchacha. Mi instinto fue mirar en dirección hacia donde había venido la voz y decir “¡gracias!”, pero hacer eso habría dado lugar a muchos más gritos y muchos más “gracias”. Había aprendido mi lección hacía tiempo.

Así que bajé la cabeza, concentrando mi mirada en los pies de Ren, que iba delante de mí. Con los ojos fijos en sus pasos firmes, mi corazón se desaceleró y pude tranquilizarme. Me gustaba tener algo en qué concentrarme. De lo contrario, pasaría directo a un estado de pánico, sintiéndome atrapada, aplastada por un millón de personas que querían un trozo de mí.

Mis guardias de seguridad desaceleraron la marcha y yo levanté la vista: la camioneta estaba cerca, pero los fans bloqueaban la puerta. La policía ya había llegado y la energía se volvía más y más intensa. Era ese momento de locura sobre el que absolutamente nadie tenía control, donde hombres adultos con brazos fornidos luchaban contra niñas adolescentes con la mirada llena de ilusión, y yo lo observaba todo sin poder hacer nada mientras que aquellas niñas se trepaban salvajes sobre los guardias.

Mi corazón se volvió a acelerar, me sudaban las palmas de las manos, y una ola de náuseas se apoderó de mí.

–No te alejes –dijo Ren en voz muy baja, estirando su enorme brazo contra mi torso para protegerme.

–¿Crees que tengo opción? –le pregunté. Tenía la voz ronca. Estaba molesta con Ren, aunque sin razón.

–Podrían pisotearte –me respondió tranquilo. Ren tenía la edad de mi padre pero la preparación física de cualquier participante de las Olimpiadas. Y el sentido de humor de una galleta sin sal.

No me alejé... Y luego, pude sentir una ráfaga de aire fresco que atravesó el círculo, rompiendo la muralla de cuerpos que me rodeaba.

Mi corazón latió normal y levanté el rostro para ver la silueta de Hong Kong en el horizonte. Brilló solo para mí durante una milésima de segundo antes de que me empujaran dentro de la camioneta.

Lo primero que hice fue quitarme las botas.



CAPÍTULO DOS

JACK

ESCUCHÉ AL PRESIDENTE DEL CONSTRUCTION BANK DE HONG KONG explayarse sobre trimestres pasados o algo igual de aburrido hasta que mis ojos comenzaron a lagrimear y a arder. Los ojos humanos no se hicieron para mirar fijamente una sola cosa durante tanto tiempo. Observé la hora en mi teléfono. Dios mío. ¿Habían pasado treinta minutos? ¡Treinta minutos! ¿Cuánto tiempo podía pasarse una persona hablando de estas cosas?

–Papá –murmuré, golpeándolo apenas con el codo.

Con sus ojos negros fijos en el hombre que disertaba sobre el escenario, mi padre no respondió. Su mandíbula pronunciada no se movía y su cabello meticulosamente peinado combinaba con el cuello blanco y almidonado de su camisa. Estaba sentado derecho en su silla, una silla poco cómoda cubierta de una tela de satén color crema.

Lo molesté con el dedo hasta que finalmente me miró, con exasperación y el ceño fruncido.

–¿Qué sucede? –dijo en voz baja.

–¿En qué momento esto se volverá divertido? –le pregunté también en voz baja.

–Niño, ¿en verdad creíste que una cena aniversario de un banco sería divertida en algún momento? –respondió con una risotada muda.

Tenía razón. Observé el salón del hotel, repleto de bancarios comiendo escalopes en sus ropas formales. Tal vez esta fuera la noche de viernes más aburrida de toda mi vida.

–Bueno, creí que al menos la comida sería buena.

–Al menos es gratis –me miró fijo–. Debes quedarte.

Suspiré y me eché hacia atrás contra el respaldo de la silla, sonriendo a las demás personas en nuestra mesa, que ya habían comenzado a mirarnos.

–¿Sabes? Cuando hablé de tomarme un año sabático, tenía otra cosa en mente. Un año con viajes de mochila y menos salones formales –le dije.

–Bromeas –y pude ver que sonreía de lado.

Cuando anuncié que me tomaría un año sabático en lugar de seguir estudiando, mis padres estuvieron de acuerdo... solo si comenzaba a trabajar como pasante en el banco de mi padre el otoño siguiente a mi graduación de la secundaria. Pero ya era octubre y este trabajo me estaba matando de aburrimiento.

El hombre sobre el escenario terminó por fin su discurso, y todos aplaudieron educadamente. ¡Gracias al Señor! La gente se apresuró a llegar a la mesa de postres, y yo mismo estaba a punto de ponerme de pie e ir a buscar algo cuando mi padre me detuvo.

–Jack, hay algunas personas que quiero que conozcas –dijo mientras les hacía señas para que se acercaran, y luego me dedicó una mirada fría de advertencia–. Esta pasantía no se trata de hacer las cosas por inercia, sino de trabajar en red. Algunas de estas personas tienen grandes conexiones con las mejores universidades de los Estados Unidos.

Genial. Me coloqué mi sonrisa más congraciante. Era una buena sonrisa. Una mujer alta y asiática con lápiz de labios rojo estiró la mano para saludarme.

–¡Jack! Nos alegra tanto que hayas podido venir al evento de esta noche. Es señal de la iniciativa que tienes.

–Gracias, Caroline –respondí. Sus cejas se levantaron automáticamente; se la veía gratamente sorprendida: yo era muy bueno recordando nombres–. Pero seamos honestos, estoy aquí por el pastel.

Caroline echó la cabeza para atrás y se rio, y su compañero hizo lo mismo. Era un hombre hindú, fornido y de traje costoso. Nikhil, si recordaba correctamente.

–No dejes de probar el tiramisú –dijo Nikhil con su acento británico–. Y entonces, ¿estás disfrutando de tu año sabático? Yo tengo grandes recuerdos del mío. Anduve de mochilero por Europa y todo eso.

Miré a mi padre con intención. *¿Lo ves? El hombre salió de viaje. ¡Eso es algo que sí me interesaría hacer!*

–Oh, ha sido fantástico hasta ahora –respondí en cambio–. Creo que hay mucho que se puede aprender fuera de la universidad, y tengo el privilegio de estar haciendo justamente eso –fue una indirecta muy obvia que estoy seguro de que mi padre entendió.

Nikhil chasqueó los dedos.

–¡Ah! ¡Tengo una pregunta sobre cámaras, Jack!

–¿Ah, sí?

–Sí, te he visto en la oficina con esa enorme que tienes –dijo–. Te gustan las cámaras, ¿no es así? Necesito una recomendación.

Mi padre giró para mirarme y la tensión me trepó por la espalda.

–Claro, ¿qué tipo de cámara estás buscando?

Nikhil procedió a describir lo que quería, y yo intenté conservar una expresión neutral. Sí, sabía una cosa o dos sobre cámaras; me había maravillado la fotografía durante años, desde que obtuve mi primera cámara de verdad una Navidad. Era una Canon Rebel que llevaba literalmente a todos lados. Hasta donde mis padres sabían, era solo un hobby. Lo dejaron bien en claro cuando intenté indagar un poco más sobre programas de Arte. Habían reaccionado con un escepticismo extremo, obligándome a inclinarme por programas de Negocios o Ingeniería.

Eso había sido lo que había matado mi entusiasmo por la universidad. La razón por la que había pedido un año sabático. La idea de estudiar Negocios o algo que no fuera Fotografía me hizo entrar en pánico.

Lo que era muy importante, pero no le dije a mis padres, era lo siguiente: no estaba seguro de querer ir a la universidad. Era algo que se sentía muy lejano ahora. Tan lejano que no sabía si alguna vez sería

parte de mi vida. Había visto a dónde llevaba: a una fiesta aburrida con tiramisú donde no puedes quitarte tu traje de etiqueta.

Miré a mi padre, también vestido de traje. Esta no era la vida que él quería tampoco. Mi padre había estudiado Escritura creativa en la universidad. Hasta tenía una maestría en Bellas Artes. Pero la vida y las circunstancias lo habían traído hasta aquí.

Luego de darle algunas recomendaciones sobre cámaras a Nikhil, la conversación viró hacia temas financieros, así que yo opté por dirigirme a la mesa de dulces. Todo se veía poco tentador. El cuello de mi camisa me estaba sofocando, y el ruido constante en el salón era ensordecedor. Un temor existencial me acompañaba en cada segundo allí dentro. Sentía que el tiempo pasaba, que mis células envejecían. Respiré profundo. En mi mente, solo podía pensar en cómo iba a salir de allí. ¿Me sentiría enfermo tal vez? Mi padre era un germofóbico. Tal vez pudiera funcionar.

Volví a mi mesa, me senté junto a mi padre y tosí tan fuerte que él se echó hacia atrás.

–No me siento muy bien –fingí con mi mejor voz de enfermo.

–Eso es porque vives desabrigoado –se quejó él–. ¿Tienes calefacción en esa choza tuya?

Mis padres odiaban mi apartamento en Sheung Wan. Tan pronto como me gradué de la escuela, me había mudado con prácticamente nada de dinero, y mi hogar actual era prueba de ello. Mientras que el vecindario donde vivía con mis padres era uno de casas costosas, yo había elegido uno de esos edificios de apartamentos sin elevador que eran diminutos y solían estar ubicados sobre los frentes de tiendas que vendían cosas como pescado seco o hierbas medicinales. Sin embargo, era considerada un área emergente, por lo que seguía siendo más de lo que podía pagar por mi cuenta, así que me busqué un compañero de cuarto... en un apartamento con una sola habitación. Era realmente estresante. Mis padres se habían rehusado a ayudarme; y yo, de todas formas, prefería morir de hambre antes que pedirles ayuda. No sabía cuánto tiempo más iba a soportar la situación y estaba haciendo todo lo que estaba a mi alcance para evitar convertirme en el fracasado que mis padres esperaban que fuera.

–Sí que tenemos –mentí con facilidad–. Cómo sea, me está empezando a doler la garganta también.

Papá me dedicó una mirada penetrante.

–¿Crees que enfermándote te librarás de esto?

Aspiré con la nariz... porque en verdad sentí la necesidad de hacerlo.

–¿Por qué haría algo así? Sabes lo mucho que me emociona mi primer banquete del banco y... eso.

Mientras que el escepticismo se alineaba en su rostro, pude sentir su fobia hacia los gérmenes superando su sensor paternal.

–Muy bien. Esto ya se está terminando de todos modos. Ve a casa y descansa. ¿Necesitas que tu madre te envíe algo de comida?

La victoria más sencilla de la historia mundial.

–No, estaré bien. Puedo comprar algo de arroz *congee* en la tienda de la esquina.

Justo antes de salirme del salón en dirección al lobby del elegantísimo hotel, le oí murmurar muy por lo bajo algo sobre que el porridge coreano era mejor que el arroz *congee*.

Mi familia no era de Hong Kong. Mis padres habían emigrado a los Estados Unidos desde Corea cuando ambos eran unos niños, y yo nací y crecí en Los Ángeles. Y luego, hacía ya un año, mi padre recibió esta oferta tan tentadora del banco que no pudo rechazar. Hong Kong es la capital financiera y bancaria de Asia.

Siempre se trataba del dinero. Mi padre había dejado de lado sus sueños de escribir la “gran novela norteamericana” cuando la familia de mi madre lo presionó para que consiguiera un “trabajo de verdad”. Eso fue lo que lo condujo hasta el banco; y luego tuvo hijos, lo que lo atrincheró aún más en el mundo bancario. Y así fue cómo llegamos hasta aquí.

Dos porteros abrieron las puertas dobles para mí y yo los saludé a ambos con una reverencia antes de salir. Miré la fachada del hotel desde afuera; una elegante y vertiginosa torre de vidrio rodeada de otros rascacielos, muchos ya encendidos con luces rosadas o verdes. Una leve niebla se había asentado, dándole a todo una sensación de ensueño, casi futurística. Me froté los brazos para darme calor por encima de la chaqueta. Sentía demasiado frío para la temperatura que

había afuera. El calor del verano solía durar hasta bien entrado el invierno por estos lados.

Al comienzo, extrañaba tanto mi casa que creí que iba a morir. Ahora ya me había comenzado a encariñar con Hong Kong. A veces sucede que vas a un lugar nuevo y resulta que se siente extrañamente familiar, como si en algún momento de tu existencia tú ya hubieras estado allí, como en un sueño.

No es que quiera romantizar la idea ni nada.

Caminé por el sendero de entrada de vehículos del hotel. Había coches de lujo esperando en fila, y uno de ellos casi me atropella. Un Escalade color negro que frenó de repente frente a la puerta de entrada. Los muchachos del valet se apresuraron a abrir la puerta trasera del coche, y de él descendió un hombre blanco de gafas oscuras y cabello rojo rabioso.

Lo reconocí de inmediato. Era Teddy Slade, una estrella de acción norteamericana. Diablos, ¿estaba parando en este hotel? Un sexto sentido que me decía que alguien estaba a punto de hacer algo prohibido o incorrecto hizo que lo siguiera hasta el lobby. Él se dirigió directamente hacia el elevador, cuyas puertas alguien estaba manteniendo abiertas para él.

Una mujer con gafas negras y un tapado oscuro entró justo después que él.

La mujer tenía el perfil distintivo de la superestrella de Hong Kong, Celeste Jiang. No podía creerlo. De inmediato, le envié un mensaje a Trevor Nakamura:

Estoy viendo a Teddy Slade en el
Skyloft Hotel en este instante.
Celeste Jiang está con él.

Trevor era el editor general del sitio web más grande y ruin de todo Hong Kong: *Rumours*.

Y yo trabajaba para él.

Me respondió de inmediato.



Todos han intentado capturar este momento. ¿Puedes tomarles una foto?

Durante los últimos cuatro meses, había estado trabajando con Trevor, consiguiéndole fotografías siempre que podía. Mis padres, claro, no tenían idea.

Le respondí.

Sí, puedo.

Luego, miré los números mientras el elevador avanzaba. No se detuvieron hasta llegar al penthouse del edificio.

Los tengo.

Recibí una calurosa bienvenida cuando llegué a la recepción. Los hoteles elegantes tratan bien a todos porque uno nunca sabe a quién le está hablando *en realidad*. Podría haber sido el hijo de Jackie Chan.

–Buenas noches, señor. ¿Cómo puedo ayudarlo? –una jovencita muy educada con un leve acento fue quien me recibió. La evalué. Sabía que en hoteles como este no dejaban ingresar a las personas que no eran huéspedes. Había una razón por la que las celebridades siempre lo elegían. Era un hotel pequeño y el personal probablemente reconocía a la mayoría de las personas que allí se alojaban. La discreción lo era todo.

Le regalé una veloz sonrisa encantadora y me apresuré a leer su nombre en el broche que llevaba en la chaqueta.

–Hola, Jessica. Me encontraré con un amigo que se hospeda aquí en este hotel. ¿Crees que puedo quedarme por aquí mientras lo espero? –le sostuve la mirada, tal vez por un segundo más de lo permitido.

Se sonrojó y me devolvió la sonrisa.

–Ah, sí, claro. El lobby junto a los elevadores será mejor. Así su amigo podrá verlo apenas baje.

–Gracias, Jessica –toqué con mi mano su antebrazo para acompañar mi agradecimiento y me dirigí al lobby. Convencido de que Jessica seguía mirándome, me senté en uno de los confortables

sillones de terciopelo azul oscuro y saqué mi teléfono, como si estuviese enviando un mensaje de texto a mi amigo. En realidad, estaba buscando algo de información sobre el hotel. ¿Habría más de una habitación en el piso del penthouse?

Sí. Había dos. *Fácil*.

Esperé unos segundos antes de volver a mirar a Jessica, que ya estaba ocupada atendiendo a otro huésped. Estudié el lobby rápidamente. Luces bajas y muebles elegantes. Y flores. Muchos arreglos de flores.

Sonó el timbre del elevador, y yo levanté la mirada. Una pareja con acento australiano descendió y una mujer asiática con bufanda ingresó. Yo me puse de pie, me apresuré a tomar uno de los arreglos florales en una de las mesitas de café y me metí en el elevador detrás de ella, asegurándome de quedar ubicado en una de las esquinas.

El ramo era más grande de lo que me había parecido que era en la mesa, y casi aplasto a la mujer asiática con él. Ni siquiera podía verla. Espiando por entre las flores, llegué a ver el número "17" encenderse cuando ella colocó su tarjeta sobre el sensor.

Claro. Cada huésped tenía una estúpida tarjeta magnética para poder seleccionar su piso.

–Demonios, no llego a tomar mi tarjeta con esta monstruosidad que me han encargado entregar –dije en un acento británico–. ¿Le importaría presionar el botón para el penthouse?

La mujer largó un suspiro y luego la oí pasar nuevamente su tarjeta y presionar el botón para el penthouse.

–Muchísimas gracias –dije detrás de los anturios y las hojas. La mujer no respondió.

Usted tranquila, señora. A quién le importa si acaba de dejar entrar en el hotel a la versión coreana de Charles Manson, ¿verdad?

La mujer se bajó en su piso, y yo respiré aliviado.

–Buenas noches –le dije mientras ella descendía. Tampoco respondió, y las puertas se cerraron detrás de ella–. No voy a extrañarla.

El elevador siguió avanzando sin parar hasta llegar al piso del penthouse.

Había llegado el momento de conseguir esa foto.



CAPÍTULO TRES

LUCKY

—¿DE VERDAD TENEMOS QUE VER ESTO AHORA? —PREGUNTÉ MIRANDO A mi representante.

Los ojos de Joseph Yim estaban fijos en los míos.

—Aparecerás en *The Later Tonight Show* en tres días. Si es que todavía hay algo que puedas mejorar, debemos saberlo ahora. ¿No crees?

Vestía camisa azul claro, ajustada y prolijamente metida en sus pantalones azul marino. Con sus pómulos marcados y los ojos de acero, Joseph se veía imponente. Todavía no tenía treinta años, pero era una especie de niño prodigio salido de una escena típica de K-pop. Muchos de los singles número uno en el Top 100 del K-Pop venían de su empresa. La gente decía que tenía un *jaeneung*, o un don. El don de saber quién podía convertirse en una gran estrella. Y, en este momento, su gran proyecto era yo.

Si todo salía de acuerdo al plan, en unos pocos días no solo sería la reina del K-pop. También una estrella del pop internacional. *The Later Tonight Show* me abriría las puertas en los Estados Unidos.

Estados Unidos. La codiciada cima. No muchos artistas de K-pop habían logrado conquistarla. El K-pop estaba ganando popularidad por allí sin lugar a dudas, pero todavía ninguna cantante femenina de K-pop había llegado a estar en el ranking de canciones más reproducidas junto con Beyoncé o Taylor Swift.

En ese mismísimo momento, yo era la estrella. Mi nombre no decepcionaba. Joseph me consideraba su amuleto de la suerte. Nada de cuartetos ni quintetos de niñas modelos que bailaban en sincronía y entonaban exuberantes armonías, ni tampoco nada de atractivos muchachos de cabellos perfectamente arreglados moviéndose cual gimnastas al ritmo de un rap.

Esa era yo. Lucky, la de un solo nombre. Lucky, la de la voz angelada que había hecho que los ojos de Joseph se llenaran de lágrimas cuando audicioné por primera vez. Lucky, la del rostro pequeño y “natural” y ojos grandes que ya había lanzado mil productos de belleza. Lucky, la de la altura perfecta, que la hacía resaltar por encima de las otras muchachas. Lucky, la de los movimientos femeninos y precisos que jamás se equivocaba. Lucky, la del inglés perfecto.

Estaba encerrada en una botella, y el sello discográfico había colocado en mí todas sus esperanzas y sus sueños norteamericanos.

Sin presiones.

Unas horas después del concierto, Joseph y Ji-Yeon seguían en mi habitación del hotel, con una laptop abierta colocada sobre la mesa de café de mármol. Joseph quería revisar mi última actuación día.

Podría irme a la cama. Ya había llegado lo suficientemente lejos en mi carrera y ahora tenía más libertad que la que había tenido en el pasado. Pero sus miradas expectantes inflaban aún más el globo de la presión que sentía dentro.

–Sí, claro. Hagámoslo –dije con una sonrisa incómoda.

Con un toque en la barra espaciadora, Ji-Yeon dio inicio al video.

Desde mi posición reclinada en el sofá afelpado, me vi en la pantalla saltar, girar, dar vueltas en el escenario. Mis manos siempre moviéndose ondulantes cerca del rostro mientras cantaba. Mi voz se sentía algo metálica desde los parlantes de la vieja computadora.

Vimos el material completo, de principio a fin. Estaba tan cansada que apenas podía prestar atención; pestañaba para mantenerme despierta. De pronto, la imagen de mí misma en la pantalla se transformó en una hamburguesa danzante.

Mmm... Una hamburguesa.

La presentación había salido perfecta. Una mínima explosión de confeti se disparó sobre mi cabeza con muy poca gracia. La

incapacidad de alegrarme por el resultado me hizo sentir culpable, así que acomodé mi posición y enderecé la espalda.

El video terminó, y Joseph aplaudió.

–Buena chica –dijo con una sonrisa enorme–. Esto es lo que nos dice que vas a lograrlo. Eres confiable.

¡*Confiable!* Eso sí que es música para los oídos de un artista. Fingí toser y me llevé el puño a la boca para ahogar y tapar la explosión de risa que me iba trepando por la garganta.

Joseph enderezó la cabeza.

–Tengo una idea.

Ay, Dios, otra idea, no.

–¿Por qué no miramos tu primera presentación de “Heartbeat” para compararla con la de hoy? –me sonrió–. Reproduciremos los dos al mismo tiempo para ver cuánto has avanzado.

–Bueno, esta es *mi* idea de un viernes por la noche a todo trapo –declaré.

A pesar de que Joseph y Ji-Yeon hablaban inglés fluido, noté que no habían entendido mi sarcasmo.

Ji-Yeon se arrodilló y sacó una tablet para colocar junto a la laptop. Luego, buscó el video en YouTube hasta que lo encontró.

El video tenía dos años. Mi cabello lucía un tinte color café y lo llevaba corto y ondulado. Ese mismo corte sería luego imitado por miles de adolescentes justo después de que la actuación saliera al aire. Las primeras tres notas señalaban el comienzo de la canción, y la cámara descendió por mis ondas, mis caderas, y siguió descendiendo y descendiendo. Llevaba unas botas negras y sin tacón. Esas botas sí me gustaban.

A medida que avanzaba la canción, noté que me estaba inclinando hacia adelante sentada en el sofá hasta que quedé literalmente en el borde de mi asiento. No pude evitar notar lo amplio de mi sonrisa, el optimismo en mis pasos, el brillo en mis ojos. Cuando volví a fijarme en la actuación de hoy, que iba en simultáneo, lo que vi en mis ojos fue un vacío. Dos charcos oscuros de nada misma. Me quedé mirando fijo a la Lucky de dos años atrás.

A los trece años, luego de audicionar en el estudio de L. A. para el sello discográfico del que ahora soy estrella, me mudé de Los Ángeles a Seúl, sola y a seis mil millas de mi familia, y me enviaron a una

especie de campamento de entrenamiento. Mis representantes esperaron un par de años para la cirugía estética. Querían darme un aspecto natural. La cirugía de doble párpado se había transformado en algo tan común en Corea del Sur que era extraño que una estrella pop no la tuviera. Y luego, una discreta cirugía de nariz. Lo que la gente solía llamar el “combo K-pop”.

Fui parte del grupo musical de mujeres *Hard Candy* por dos años antes de ser lanzada al estrellato. Mis representantes me quitaron del grupo y me convirtieron en una solista. En un abrir y cerrar de ojos, vencí en todos los rankings, todos mis shows tenían localidades agotadas, gané todos los premios que pude ganar. Y una de las claves de mi éxito había sido la falta de escándalos. Ni una foto de mí bebiendo alcohol. Ni un novio. Ni aires de grandeza.

Yo siempre fui humilde, graciosa y reservada.

Perfecta.

Los medios amaban eso de mí. Me trataban como una especie de princesa; mis fans me protegían con uñas y dientes. Las historias que uno podía oír sobre mí siempre se concentraban en mis buenas acciones y mi éxito. En ese orden. Porque mi música no era particularmente diferente. Por el contrario, era la mejor versión de lo que siempre era popular: pegadizo, animado y combinado con baladas dulces y enternecedoras.

–¿Ves eso? –dijo Joseph, señalando a la vieja Lucky–. Aquí arruinaste el paso. Eso jamás lo harías ahora. Deberías estar orgullosa de lo mucho que has mejorado.

No estaba orgullosa. Me sentía incómoda. Recordé a la vieja Lucky. La alegría durante mis presentaciones, lo emocionada que me sentía antes de cada show, cada sesión fotográfica, cada lanzamiento. En aquel entonces, *me había sentido* una verdadera artista por la mera alegría de amar lo que estaba haciendo. Por tener la posibilidad de hacerlo, y punto.

Creía que todavía sentía la alegría de estar sobre el escenario, pero ver a la vieja Lucky junto a la actual Lucky hacía que el contraste fuese demasiado obvio.

Dios mío.

No había punto de comparación con la antigua Lucky.



CAPÍTULO CUATRO

JACK

MIENTRAS LIDIABA CON EL PESO DEL ARREGLO FLORAL QUE TENÍA EL tamaño de un San Bernardo, saqué mi teléfono y avancé por el pasillo; el sonido de mis pasos amortiguado por la alfombra mullida.

Busqué rápidamente a Teddy Slade: la película que estaba filmando aquí en Hong Kong se llamaba *Endless Night*. Esquivé un aparador elegante en el pasillo mientras iba leyendo la lista del elenco y el equipo de producción. Clavé los ojos en un nombre.

Bien, había dos habitaciones en este piso. Tenía un cincuenta y cincuenta de posibilidades. Si no era una habitación, sería la otra. Me quedé de pie frente a la primera puerta y respiré profundo. Bajé las flores y me quité la chaqueta. La hice un bollo y la arrojé en el pasillo. Luego, escondí mi teléfono en el centro de las flores.

Mi camisa blanca estaba arrugada y desaliñada, pero me la metí en los pantalones negros y rogué para que el arreglo de flores mutante me cubriera. No pude hacer nada con el calzado.

Volví a cargar las pesadas flores en mis brazos y llamé a la puerta. Tres golpes fuertes y seguros. La sangre se me subía a la cabeza, la adrenalina de siempre me invadía.

Cuatro meses atrás, me había infiltrado en una fiesta VIP para impresionar a la muchacha que tanto me gustaba, Courtney. Estábamos en un restaurante y vi que estaban subiendo a algunas *celebrities* por las escaleras.

–Ay, moriría por estar allí –dijo Courtney casi sin aliento mientras me apretaba el brazo. Algo del hombre cavernícola en mí salió a la superficie y acepté el desafío.

Usando algunos nombres de contacto falsos, nos llevé al primer piso, y luego encontré la manera de que Courtney llegara lo suficientemente cerca de sus actores favoritos y tomara algunas fotografías.

Una mano me detuvo en mitad de una de esas fotos. Cuando me di vuelta, perdí la cabeza. Un tipo asiático de cabello largo me miraba con expresión astuta.

–Niño, ¿cómo llegaste hasta aquí? –yo estaba listo para mentir y salir corriendo, cuando él me sonrió–. Sé que te colaste.

Algo sobre esa sonrisa me relajó.

–Ah, ¿sí?

Él asintió con la cabeza.

–¿Y si pagara por esas fotos? –me dijo.

Desde aquel día, trabajo para Trevor. Últimamente, las asignaciones estaban siendo más y más frecuentes. Estaba comenzando a ganarme su confianza. No era el trabajo de mis sueños, pero sabía que el dinero que haría con él dependería de la cantidad de trabajo que tomara. De alguna manera, este trabajo requería de mis habilidades fotográficas. Se suponía que debía capturar a las celebridades en *ese momento* en el que justamente *no quieren* ser fotografiadas.

Unos segundos después de llamar a la puerta, oí el movimiento del otro lado.

–¿Quién es? –una voz masculina.

–Tengo flores de Matthew Diaz –era el productor ejecutivo de *Endless Night*, según lo que había leído en internet. Hablé exagerando el acento asiático. Cuanto menos palabras intercambiáramos, mejor.

Del otro lado de la puerta, hubo un intercambio de palabras en voz baja. Los brazos ya los sentía cansados de tanto sostener aquella monstruosidad de ramo. Vamos, sé confiado y un poco estúpido, Teddy.

La puerta se abrió, y allí estaba Teddy Slade en toda su gloria. El cabello rojizo desaliñado y un pecho peludo que asomaba por debajo de una bata apenas atada a la cintura. Era más bajo que yo, pero más

robusto, igual que aquel hombre que él interpretaba e intimidaba criminales en la pantalla.

–¿Flores de Matt? –preguntó Teddy, con una mano apoyada en la manija de la puerta, obstaculizando mi vista del interior del penthouse. Llegué a oír algo de música. Saxofones. ¿En serio?

Esperaba alguna toma rápida de algún tipo de evidencia física: zapatos de mujer que luego pudiera rastrear en alguna foto de algún evento. Cualquier cosa. Pero primero tenía que poder ingresar.

–Sí, señor. Por favor, coloque esto sobre una superficie segura –le dije, adelantando un paso como para cruzar la puerta. Mi acento era ofensivo incluso para mis propios oídos, pero sabía que Teddy no lo pensaría dos veces. La mayoría de los occidentales que visitaban Hong Kong me hablaban lento y fuerte en inglés, asumiendo que apenas podría comprenderlos. Esta conjetura hacía que la gente bajara la guardia y me subestimara.

–Permítame, yo me encargo –dijo Teddy, alzando los brazos para que le entregase las flores.

–Señor, no. Esto es muy delicado y pesado. Unas flores muy exóticas de una antigua selva. Se dañará.

Lo esquivé y avancé, casi arrojándolo al suelo con las flores gigantes. No sabía a dónde estaba yendo; buscaba algún lugar para el armatoste. Como era de esperar, el penthouse era enorme, con una pared llena de ventanas desde las que se admiraba la imponente ciudad de fondo. Cuando giré para colocar las flores sobre una mesa, casi me caigo de boca al ver a Celeste Jiang sentada en un sillón. Vestida en una camiseta que definitivamente no era de su talle, bebiendo un vaso de agua. Glamorosa, serena y extremadamente *hot*.

Diablos, esto era mejor de lo que podría haberme imaginado. Metí la mano por entre las flores hasta dar con el teléfono. Tenía unos cinco segundos antes de que el gesto se volviera algo extraño.

Teddy caminaba detrás de mí. Cuando levanté la vista, vi mi propio reflejo en un espejo enorme. También reflejado en el espejo estaban Teddy Slade, de pie junto a las flores y Celeste Jiang sentada en el sofá.

Llegué a sacar unas cuantas fotos.

–Bien, ya es hora de que te marches –dijo Teddy, irritado de repente. Miré a Celeste antes de marcharme; estaba pasmada.